

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Jonathan Dee

# Los privilegios

Traducción y epílogo de Justo Navarro



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Título de la edición original:*  
The Privileges  
Random House  
Nueva York, 2010

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Susan Adams, © Susan Adams / The Bridgeman Art Library /  
Getty Images

*Primera edición: mayo 2013*

© De la traducción y el epílogo, Justo Navarro, 2013

© Jonathan Dee, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7866-0

Depósito Legal: B. 7772-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El autor agradece la inestimable ayuda de Amanda Urban, Ann Patty, Jennifer Smith, Todd Kimble, la Colonia MacDowell, la Corporation of Yaddo y la National Endowment for the Arts.

# 1

¡Una boda! La primera de una generación; la novia y el novio sólo tienen veintidós años, demasiado jóvenes para casarse en estos tiempos. La mayoría de sus amigos llegaron en avión ayer y, aunque están en Pittsburgh, una ciudad de medio millón de habitantes, exhiben una desorientación esnob y simpática, porque vienen de Chicago y Nueva York, pero también porque imaginar que están de pronto en medio de la nada encaja perfectamente con la sensación que les causa el acontecimiento en general, su novedad inquietante y mágica. Todos, por supuesto, han asistido alguna vez, de niños o adolescentes, a la boda de un tío o un primo e incluso, en algún caso, a la boda de su madre o de su padre, así que saben qué pueden esperar. Pero ésta es la primera vez que participan como amigos y coetáneos de los novios; y la euforia rara y anárquica que sienten va ligada al miedo de que los estén empujando, en la persona de otros, al mundo responsable de los adultos, un mundo en el que la salida desaparecerá a sus espaldas, y para el que se sienten orgullosos de no estar preparados. Son adultos que fingen ser niños que fingen ser adultos. El ensayo de la cena nupcial acabó anoche con la paciencia del encargado del restaurante, que

amenazó con llamar a la policía. El nuevo día se desarrolla como una mezcla inestable de trascendencia y acampada. Nueve horas antes de la cita en la iglesia, muchos siguen durmiendo, pero ya las viejas y sólidas paredes del Athletic Club de Pittsburgh parecen vibrar con un exceso de entusiasmo señorial.

Mediados de septiembre. Desde el Día del Trabajo, una ola de calor tardía y desalentadora recorre la mitad occidental de Pennsylvania. Cynthia se despierta en casa de su madre, en una cama en la que sólo se ha despertado cinco o seis veces en su vida, y en lo primero que piensa es en qué tiempo hará. Se pone una camiseta por si hay alguien más despierto, pasa junto a su insoportable hermanastra Deborah (nunca Debbie) que duerme con un pijama de franela y medio cuerpo fuera del sofá del cuarto de estar, y abre la puerta corredera de la terraza, desde donde ve a lo lejos las banderolas flácidas del campo de golf de Fox Chapel. Hace fresco, un fresco tolerable por lo menos, aunque sea todavía demasiado temprano para darlo por seguro. Ni siquiera serán las siete, piensa. No es que esté preocupada. El fantasma de sus damas de honor poniéndose botellas de cerveza en la frente para refrescarse, o de Adam secándose el sudor de los ojos mientras le promete fidelidad, sólo le provoca una sonrisa. No es de las que flaquean cuando las cosas no marchan a la perfección; lo que más le importa es que nadie que la conozca pueda olvidar jamás ese día, un día legendario del que hablarán sus amigas. Vuelve a entrar en la casa, deja atrás sus propias huellas, que poco a poco se borran del rocío en el suelo de cedro de la terraza.

Nunca se había imaginado una boda en Pittsburgh, porque jamás había tenido ninguna razón para imaginársela hasta que su madre volvió a casarse y se mudó a Pittsburgh dos años atrás. Si alguna vez había pensado en la

boda, siempre había dado por supuesto que se casaría en Joliet Park, pero a mediados de su último semestre en Colgate se enteró de que su padre había vendido la antigua casa, en la que llevaba sin vivir mucho tiempo; y cuando Cynthia anunció su compromiso, la madre, Ruth, se lanzó a una de sus implacables diatribas a propósito de que Warren, su padrastro, formaba «parte de la familia» y no toleraba la menor insinuación de que lo que decía no era absolutamente cierto. Obligar a aquellas personalidades desbordantes a volver a Joliet Park, escenario de la disolución familiar, sólo para quejarse de la distribución de sitios en la mesa y de los viejos amigos, cuyas alianzas después del divorcio eran a veces dolorosamente ambiguas, ni se planteaba. Hubiera sido una forma de nostalgia cruel y, además, sin sentido. Una boda representa el futuro, si es que significa algo.

Podrían haberse casado en Nueva York —donde Cynthia y Adam compartían ya un apartamento— y de hecho ésa fue la solución que Adam había tratado de imponer con delicadeza, sobre la base, típicamente masculina, de la máxima simplicidad. Pero la verdad era que a Cynthia aquello no le parecía lo suficientemente insólito, apenas distinto de la típica salida nocturna de los sábados a beber y bailar con los amigos, aunque con trajes más elegantes y peor música. No sabía muy bien por qué le atraía la idea de una gran boda al estilo sentimental, el tipo de boda que obliga a los invitados a planear un viaje, pero no tenía costumbre de cuestionar sus propios deseos. Así que era en Pittsburgh. Adam se encogió de hombros y dijo que lo único que le preocupaba era hacerla feliz; su padre le mandó desde donde estuviera viviendo entonces una nota muy cariñosa, en la que insinuaba que la idea de Pittsburgh se le había ocurrido a él desde el principio, y Warren se manifestó sacando el talonario de

cheques, respuesta que, a decir verdad, a Cynthia no le resultó indiferente.

Pasa de puntillas junto al sofá para no despertar a Deborah, porque despertarla podría hacer que hablara, y el día en que una se casa hay torturas que es mejor evitar. No se conocen demasiado, pero Deborah tiene cosas que provocan las burlas de Cynthia como si llevaran años viviendo juntas. Los pijamas de franela, por ejemplo: Deborah apenas le lleva dos años, pero es tan friolera que Ruth y ella podrían ser compañeras de habitación en un asilo de ancianos. Habían comprado la casa con la idea de emprender una segunda vida, una vida en la que los hijos ya habían crecido y se habían ido, lo que explica que sólo disponga de un dormitorio extra. Aunque el sofá parece satisfactoriamente incómodo, Cynthia tenía pensado mandar a Deborah al Athletic Club con el resto de los invitados, para que su mejor amiga y primera dama de honor, Marietta, pudiera ocupar su lugar en la casa. Pero las obligaciones familiares son perversas. Es totalmente absurdo que esa cretina asexuada, palpablemente hostil, sea una de sus damas de honor y que, en consecuencia, tenga que sentirse dolida una de sus muchas amigas íntimas; pero ahí está.

En la cocina la madre de Cynthia, Ruth, que ahora se apellida Harris, se toma un té de pie, envuelta hasta los tobillos en un albornoz verde cerrado hasta el cuello. Cynthia pasa a su lado y abre el frigorífico sin decir una palabra.

—Warren ha salido —dice Ruth, respondiendo a una pregunta que a Cynthia ni se le había ocurrido hacer—. Ha ido a buscar café para ti. En casa sólo tenemos descafeinado, así que ha salido especialmente por ti.

Cynthia arruga la frente ante la desfachatez del café descafeinado, fetiche de los viejos y de los tristes. Coge una rebanada de pan de la encimera, se pone de puntillas para

llegar al armario donde recuerda que se guardan las mermeladas de toda la vida y, entonces, al sentir clavados los ojos de su madre, vuelve la cabeza y, mirándola por encima del hombro, dice:

—¿Qué pasa?

Es la ropa interior: el hecho de que se pasee por la casa en ropa interior, pero también la ropa interior en sí misma, su pretenciosidad, el hecho de que su hija se haya convertido en una mujer a la que le gusta gastar mucho dinero en ropa interior. Desvergüenza es la palabra. Lo único que pide Ruth en un día tan especial es un poco de seriedad, la debida sensación de nerviosismo e incluso de miedo para la que ya encontraría ella algún tipo de alivio. Un último gesto de dependencia. Pero no: había quedado claro desde hacía semanas que para su hija todo aquello no era un rito de paso a la condición de mujer, sino una fiesta, un festín para Cynthia y sus amigos, y que Warren y ella sólo figuraban para pagar la cuenta. En los últimos seis, ocho años, casi siempre que miraba a su hija aparecía en la cara de Ruth cierta expresión, un aire de «ya te enterarás», aunque no supiera contestar a la pregunta «¿de qué?», y tuviera que callarse. El vientre plano de Cynthia, sus caderas estrechas y firmes, y sobre todo el descaro con que se mueve en un cuerpo tan próximo al ideal moderno, están destinados a provocar una gama imprevisible de respuestas; en este mundo las mujeres satisfechas de sí mismas también sufren muchas humillaciones, y Ruth lleva ya años intentando dejar constancia de su sabiduría, casi siempre con un simple fruncimiento de cejas.

Pero se enfada consigo misma; hoy, lo niegue quien lo niegue, no es un día cualquiera. Siente el eco lejano de su propio pánico en las horas que precedieron a su primera boda, un pánico en parte sexual, y que supone un lazo entre



ella y su hija, aunque la sexualidad de Cynthia sea un tema al que ya no tiene fuerza –la perdió hace mucho tiempo– para acercarse.

–Bueno –dice, buscando un tono conciliador–. Hoy es un día muy especial para ti.

Y Cynthia se vuelve, abre la boca, se echa a reír: una risa que Ruth ha oído antes y contra la que sólo cabe refugiarse en los recuerdos de cuando su única hija era una niña.

Detrás de ellas, el reloj digital del microondas parpadea silenciosamente: las siete y media. Deborah, a la que han despertado sus propios ronquidos, emite un débil gemido que nadie oye y hunde aún más la cara en el hueco entre los cojines y el respaldo del sofá. En el Athletic Club la recepcionista de fin de semana consulta la ficha impresa y marca la extensión de la habitación de Adam. Mira el programa de los actos del día y reconoce el nombre del esposo; además de despertarlo como prescribe la ficha, añade a los buenos días su enhorabuena, porque lo vio anoche y es guapo.

–Gracias –responde Adam, y cuelga. También él se acerca a la ventana para comprobar qué tiempo hace. Pero su ventana da al callejón, y seguramente la televisión le ofrecerá una noción más clara de cómo se presenta el día. Enciende el televisor, sin sonido, aunque vuelve a echarse en la cama, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, y se olvida de mirar.

No soporta dormir solo y a eso se debe quizá que, minutos antes de que sonara el teléfono, tuviera un sueño extraño, un sueño en el que conducía un coche sin volante, un coche que respondía a los más ligeros desplazamientos de su peso, como un monopatín o un trineo.

Falta una hora para el desayuno en el restaurante del hotel con sus padres y su hermano menor y padrino de boda,

Conrad. Lo piensa e inmediatamente trata de olvidarlo, para no sentirse culpable en caso de llegar tarde. El ensayo de la cena nupcial le ha dejado una ligera resaca, aunque, reflexiona, otros tendrán motivos para estar mucho más resacosos. Es demasiado temprano para llamar a Cynthia, que probablemente seguirá durmiendo. Lo que de verdad lo tranquilizaría sería un poco de sexo con ella: así empieza la mañana casi siempre, así espanta las vagas angustias con que se despierta. Pero hoy no podrá ser. Obedeciendo a una repentina inspiración, se incorpora y, por encima del cabecero de la cama, golpea con el puño la pared que comparte con la habitación de Conrad.

Conrad no lo oye; lleva una hora levantado y está en la ducha, ensayando el brindis por los novios. Es la única obligación que le hizo dudar antes de aceptar el papel de padrino. Se sonroja y tiembla cada vez que tiene que hablar en público; y qué relativamente fácil sería salir airoso del paso en un salón lleno de desconocidos, qué diferente resulta ante amigos y familiares con licencia para burlarse sin piedad y sin fin, gente ante quien le sería imposible fingir, ni siquiera un momento, que es otro distinto de quien es.

—Son una pareja encantadora —repite, porque es una frase en la que se ha atrancado varias veces, y es demasiado tarde para sustituirla por otra—. Son una pareja encantadora, joder. —Y empieza desde el principio.

Amigos de la novia y del novio se despiertan en otras habitaciones de la segunda y la tercera planta del Athletic Club, amigos emparejados, amigos con relaciones prometedoras o compromisos serios, y a esta hora casi todos se entregan a un impulso sexual de una potencia preocupante incluso en la flor de la juventud. Algunos se ríen, y otros miran con tal intensidad a los ojos de su pareja que, cuando lo recuerden una hora más tarde, evitarán la mirada del otro.

No están acostumbrados a la lujuria de las habitaciones de hotel; y la conciencia de que en este especialísimo fin de semana no sólo se han infiltrado en este club tan rancio, sino que se han adueñado de él, confiere a cada encuentro íntimo un subterráneo sentido colectivo, una sensación de orgía que despierta el deseo de ofender a los extraños y disfrutar hasta echar abajo las paredes del edificio.

Y, en efecto, una pareja golpea con tal violencia el cabecero contra la pared que los separa de la cama de los padres de Adam, que su madre reza por no conocerlos. Incluso le pide a su marido que llame a recepción y se queje, pero su marido está en el baño y, por principio, sólo oye lo que quiere.

A las ocho y media el coche de Marietta entra en el camino que lleva a la puerta de los Harris. En la cocina, como una hermana, besa a Cynthia, todavía sin vestir.

—Dios mío, joder, qué calor hace fuera —dice Marietta—. Vaya, señora Sikes. Perdón, señora Harris.

Es más de lo que Ruth puede soportar; sonrío admonitoriamente y se va de la cocina.

—¿Qué? ¿Vamos a la peluquería? —dice Marietta, pero entonces, de pronto, aparece Deborah en la puerta con el pelo revuelto y la tapicería del sofá marcada en la cara, y las mira con un odio tribal.

—Está sonando tu teléfono —dice a su hermanastra. Se da media vuelta y se va.

El teléfono está en el suelo del dormitorio, debajo de la chaqueta que Cynthia se puso para la cena de ensayo. Marietta la sigue por la sala de estar.

—Gracias por haberme llevado el teléfono, Debski —dice Cynthia, aunque Deborah se ha metido en el cuarto de baño—. ¿No te has traído el vestido? ¿Dónde está?

—En el frigorífico —dice Marietta.

–No seas niña. ¿No te has enterado? Hoy es mi Gran Día.

–Eso digo yo. Tú eres la novia. Todavía puedes cambiar las reglas de cómo hay que vestirse; para ir de playa, por ejemplo.

–Ve en camiseta a tu boda, guarra –dice Cynthia–. En Pittsburgh no somos así.

–Aquí no me siento especialmente fresca –dice Marietta–. Es lo único que digo.

Sentado en su butaca, viendo la CNN, Warren lo oye todo cuando pasan y, aunque quisiera ser una especie de padre para esa joven, sabe que por el momento la única respuesta digna es fingir que no está en la habitación.

Cynthia le sonrío a Marietta y sale con el teléfono a la terraza.

–¿No da esto mala suerte? –dice, cerrando la puerta a su espalda.

–Anoche vi a tu padre en el vestíbulo del hotel –dice Adam–. Lo reconocí por la foto. Parece en forma. ¿Todavía no lo has llamado?

–No –dice, y se le acelera el corazón–. Lo llamaré dentro de un rato. ¿Qué hora es?

–Las cuatro menos cuarto.

–Muy gracioso. Lo que digo es si no tendrías que estar desayunando con tus padres.

–Quizá.

–No los dejes solos con Conrad, por Dios. Ya sabes cómo se ponen. Y Conrad tiene los anillos. No nos conviene estar a malas con él.

Adam sonrío mientras espera el ascensor en el pasillo vacío del hotel.

–¿Te puedes creer lo que estamos haciendo? –dice.

El entarimado de la terraza empieza a quemarle los pies y Cynthia dice:

–Todavía estamos a tiempo de echarnos atrás, si llamas por eso.

–Bueno, tengo todavía siete horas para pensarlo, ¿no?

–Yo también. Vamos a ver: si no he llegado, digamos, a las cuatro menos diez, hazte a la idea de que no voy. ¿De acuerdo?

–Estupendo. Teniendo en cuenta que está todo pagado, si no apareces llamaré a una de las damas de honor y me casaré con ella.

–¿A cuál le has echado el ojo?

Hay una pausa.

–Te he echado de menos cuando me he despertado esta mañana –dice Adam.

La bruma ha borrado el campo de golf que se divisaba al amanecer. Cynthia cierra los ojos.

–Yo también –dice–. No te olvides de las fotos, ¿vale?

–A las dos y cuarto en la Sala de Trofeos. Conrad no se separa del papel con el programa.

–Perfecto. Hasta luego, entonces. Disfruta de tus últimas horas de libertad.

–Te dejo –dice Adam–. Han llegado las putas.

Cynthia le cuelga, sonriendo. En el cuarto de estar, incómoda, Marietta la espera mientras Deborah, en el sofá otra vez, la mira como un perro guardián, como un emisario del hampa, de los proscritos por la sociedad. Marietta interpreta su odio como una muestra de celos, lo que suaviza su propia actitud.

–¿Qué? –dice, y recuerda que Deborah se está especializando en algo en alguna universidad–. ¿Cómo van los estudios?

Adam entra en el comedor del hotel y ve que sus padres, a la mesa con un Conrad de aspecto afligido, han pedido el desayuno pero no lo han tocado. Perdieron ayer el avión en

Nueva York y llegaron demasiado tarde para asistir al ensayo de la cena nupcial, y quizá haya sido mejor así. Besa a su madre en la coronilla.

—¿Qué tal la habitación? —pregunta—. ¿Está todo a vuestro gusto?

El padre de Adam hace un ruido sarcástico, que su madre reconoce y se apresura a tapar.

—Muy agradable —dice—. Muy cómoda. Tienes que decirme quiénes son los padres de Cynthia para que les demos las gracias.

Los padres de Adam y Cynthia no se conocen. Ni tampoco parecía muy necesario que se conocieran.

—¿Marietta llegó anoche a casa sana y salva? —pregunta Adam a Conrad, que asiente sin dejar de comer porque está deseando que termine el desayuno.

Adam le hace una señal a la camarera para que le traiga café. No ha mirado a sus padres desde que se ha sentado. Nadie mira al señor Morey, quien, sin embargo, parece concentrarse misteriosamente como un reloj a punto de dar la hora. Dos ataques cardíacos le han encorvado los hombros como si fuera mucho más viejo de lo que es en realidad. Arriba, en la habitación, hay cuatro bombonas portátiles de oxígeno, por si las necesitara, y su mujer lleva en el bolso un surtido de pastillas y números de teléfono. Pero su irascibilidad y sus arrebatos incontrolados sugieren que los problemas físicos son una especie de extensión de su carácter, y todos los que lo conocen, temiendo su orgullo furibundo, le hacen el menor caso posible. Lo atormenta el general florecimiento de la estupidez y la escoria que lo rodea por todas partes. Montador de calderas y tuberías, había llegado a convertirse en un alto dirigente sindical antes de que la enfermedad lo forzara a jubilarse. El Athletic Club de Pittsburgh es exactamente el tipo de sitio que lo irrita profun-

damente. Su mujer lo ha obligado a ponerse chaqueta y corbata para el desayuno, lo que le costará tener que aguantarlo un mes por lo menos.

Pero, a diferencia de su hermano, Adam no se siente incómodo con sus padres en el comedor, porque ya no se considera vinculado a su familia. Le divierte su manía compulsiva de ser ellos mismos y, a la menor oportunidad, disfruta dándoles cuerda como a una caja de música.

—¿Sabéis lo que he encontrado en mi habitación? ¿En el cajón de la cómoda? La lista de precios de las habitaciones. ¿La habéis visto, tíos? ¿Tenéis idea de lo que cuesta este sitio?

—Adam, por favor —murmura su madre—. Precisamente hoy...

—Da la casualidad de que la he visto —dice su padre, enrojando—. Me alegra no ser el imbécil que paga todo esto.

—Otra razón para alegrarnos de no haber tenido niñas —dice su madre, y se ríe como si la estuvieran grabando con una cámara.

—Para mí no hubiera supuesto ninguna diferencia, ninguna —dice el señor Morey—. No tengo que montar un espectáculo para nadie. No finjo ser lo que no soy.

Adam se levanta de pronto.

—Ah, mirad, ahí está el señor Sikes —dice—. Perdonad. Tengo que practicar para llamarlo papá.

Y atraviesa el comedor hacia donde el apuesto padre de la novia se sienta solo y lee el periódico. Conrad, incrédulo, observa cómo se aleja. Sus padres se miran acusadoramente. Al instante llega la camarera y llena de café la taza de Adam.

Las puertas del salón de baile del hotel están cerradas y, al otro lado, en los momentos de silencio, se oyen las aspiradoras en funcionamiento. Adolescentes en ceremoniosas faldas negras van de mesa en mesa, comprobando la distri-

bución de los invitados, contando con los dedos. Lo hacen despacio; el aire acondicionado está al máximo, y en el salón, todavía sin gente, hace un frío exótico: es el sitio más frío del hotel. Sólo los desesperados por un cigarrillo atraviesan la doble puerta que lleva a las cocinas infernales y, más allá, al callejón lleno de humo.

En el bar del hotel se sienta la encargada de organizar la boda, madrugadora como siempre, después de mandar a su hijo y un amigo a la floristería en su furgoneta, rezando por que no hayan parado en el camino a fumarse un porro. Por eso no les paga por adelantado. El bar no está todavía oficialmente abierto, pero Masha conoce a todo el mundo en el Athletic Club; ésta es la cuarta celebración que organiza en el Club este año. Aunque aún no es mediodía, le apetece (como diría su padre) una copa que sea *una copa*, y Omar, el barman, se la serviría con toda seguridad, pero del alcohol en el trabajo no hay ni que hablar. Trasciende una cosa así y tu reputación sufre un golpe definitivo. Es verdad que la novia –cuya actitud de superioridad a Masha no le gusta especialmente– ni siquiera es de Pittsburgh y se comporta como si no tuviera que volver a pisar nunca más el lugar después de la boda; pero el padrastro, cuyo nombre figura en los cheques, es uno de los abogados más influyentes del bufete Reed Smith, y la madre, cuya actitud de superioridad todavía le gusta menos, es de esa clase de personas que sufren una insatisfacción crónica y lo que más desean es armar un escándalo, con motivo o sin motivo.

Pero ése es el secreto del éxito de Masha: dedicarse no a las personas, que pueden fallarte, sino a la ceremonia, que no lo hace jamás. No suele decirlo en voz alta, pero se cree la centinela de algo, una pequeña pieza en el dique que mantiene a raya la indiferencia absoluta hacia las pocas cosas que siempre han sido importantes, rito, devoción y



responsabilidad. Cuando consideras el asunto en estos términos, menos te preocupan las familias y más se ennoblece tu trabajo. Su matrimonio se deshizo al cabo de nueve años, pero eso no empañaba en absoluto los recuerdos preciosos del día de su boda; en realidad, piensa, eso es lo único que te queda, eso y un hijo muy querido, aunque no exactamente digno de confianza. Por otra parte, si estuviera en sus manos, aún seguirían juntos, hijo, marido y mujer, en los momentos felices y en los momentos difíciles. Pero no todo depende de ella.

Una pareja de la edad de los novios entra en el bar y Omar les dice que está cerrado. El chico parece decidido a protestar, pero la chica dice:

—Déjalo. Tengo que subir a ducharme otra vez.

Esto es lo que hoy nos espera, piensa Masha: una fiesta de sudor. Treinta y un grados según el televisor sin sonido, sobre la cabeza afeitada de Omar. Era parte del riesgo que asumían cuando eligieron la más vieja, nunca modernizada, y hermosa iglesia católica de Pittsburgh. Por eso ha esperado hasta última hora para las flores. El clima no podía programarlo a gusto del cliente. Lo que no evitará que la madre la maldiga de todas formas.

Al otro lado de la ciudad, Cynthia y Marietta se sientan confusas e intimidadas, descamisadas, envueltas en sábanas viejas con un agujero para que sobresalga la cabeza, mientras una polaca que no abre la boca (recomendada por Masha) y su joven ayudante las peinan. Se toman el pelo mutuamente con historias de los días de la universidad, y todas las historias entrañan vergüenza o remordimiento, pero no hay ni una con la que no se rían. Pocas tratan de hombres, porque Cynthia y Marietta encontraron pareja en segundo curso. Las polacas, en una especie de tema de fondo, hablan de Dios sabe qué en un polaco taciturno, al menos hasta

que Cynthia dice algo sobre las terribles ganas de fumar que le produce semejante suplicio.

—No, por favor —dice la polaca de más edad, con las tijeras en el aire—. Gran beso ante el altar, y su marido piensa: «Joder, la cabeza de mi mujer huele como un cenicero.»

Cynthia y Marietta se miran a través del espejo, contando ya la anécdota por ahí.

Han abierto las puertas de la iglesia para que corra el aire, pero el polvo pende inmóvil en las franjas de luz que descienden oblicuas de los altos ventanales. Masha observa cómo su hijo, que tiene enrojecidos los ojos, y su amigo mexicano, a quien en secreto llama Señor Detención, intentan poner derecha la alfombra blanca sobre la moqueta descolorida por el sol, entre los bancos. Se saca del bolsillo una lista muy arrugada, pasa junto a los chicos arrodillados y se acerca al púlpito; volviéndose hacia las filas de asientos vacíos, golpea solemnemente con un dedo el micrófono encendido.

—No se expongan al calor —dice sin esperanza la polaca mientras Cynthia y Marietta vuelven a abotonarse la camisa—. O todo se vendrá abajo.

Con el aire acondicionado del coche al máximo, Marietta vuelve a entrar en el camino de acceso a casa de los Harris. Delante de la puerta de la cocina, de pie en el escalón y apoyando la espalda en la pared, a la sombra exigua del alero, Deborah fuma un cigarrillo entre botas de goma y utensilios de jardinería. Ya se ha puesto el traje de dama de honor. Con los ojos prácticamente cerrados, mira con odio el parabrisas tintado del coche.

—¿Qué hace? —dice Marietta, como si sintiera miedo.

—No lo sé —dice Cynthia, cansada—. Siempre se está quejando de algo.

—Pero ¿por qué fuma fuera con el calor que hace? ¿Está prohibido fumar en casa de tu madre?

–Warren fuma. No para de fumar en la casa.

–Entonces por qué ella...

–¿Sabes qué? –dice Cynthia–. Da marcha atrás. No aguanto la idea de meterme ahí dentro. Vámonos. Sé un sitio adonde podemos ir.

Deborah sonríe cuando ve que se van, pensando en el ataque de pánico de su madrastra. Madre e hija se parecen mucho: incapacidad total para verse a través de los ojos del prójimo, nulo interés en hacerlo. Nadie abre jamás un libro en esa casa monstruosa, infernal y maldita de Dios, incluyendo a su padre, cuya noción de perfeccionamiento personal se limita a ver la serie *Misterios sin resolver*. Lo que siempre le ha interesado menos de su padre es el dinero, pero ahora que permite que esas dos se lo gasten como si fuera de ellas, las considera dos aprovechadas, especialmente a su supuesta hermanastra. Deborah sabe que a él le duele. Haz un esfuerzo, le repite su padre, pero no se necesita ningún esfuerzo para comprender a gente como Cynthia y sus amigas. Un día se darán cuenta de golpe de que se ha acabado el colegio.

Adam está sentado en la cama en ropa interior. Ve en la televisión el partido de los Pirates. Piensa en la posibilidad de masturbarse, por aburrimiento, pero es bastante probable que Conrad o algún otro llame a la puerta. Tiene la impresión de que al otro lado de las paredes reina una gran agitación, pero nada parece exigir su presencia por el momento. Hace demasiado calor para salir a correr. ¿Por qué han fijado la boda para las cuatro de la tarde? La soledad y la inactividad lo ponen nervioso. La despedida de soltero el fin de semana pasado –un descenso por el río Delaware con sus seis testigos de boda– no les dejó ni un momento de sosiego; gloriosamente exhaustos, durmieron en tiendas y bebieron whisky escocés caro, pero sin emborracharse en serio,

todo montado por Conrad, una de las dos o tres mejores noches de su vida. Le tomaron el pelo alegremente, recordando viejas relaciones, viejas juergas, viejas humillaciones. Celebraron el rito de llorar por la libertad sexual a la que renunciaba, aunque Adam hubiera asegurado –y eso le hace sonreír ahora, cuando lo recuerda– que no lo sentían en realidad, porque ninguno de sus amigos creía que estuviera cometiendo un error. Se ha acostado con otras mujeres, antes de conocer a Cyn y, la verdad sea dicha, también después, por un tiempo. Pero ¿qué hay que lamentar o llorar? Sólo la obsesión adolescente por la variedad, algo que él ya ha superado. Están hechos el uno para el otro: lo siente tan hondo que no es capaz de decirlo, ni siquiera a ella. Cynthia es como esas personas que susurran a los caballos, piensa Adam, con la diferencia de que sólo se dirige a él, el único con el que funciona, y ella es la única a quien permitiría que le hablara así. Sería una prueba de inmadurez volver a desear algo distinto de lo que tiene. También tiene una casa, y un trabajo, y está impaciente, disfrutando ya de lo que es suyo, de dejar atrás su parte infantil y dedicarse al futuro en serio.

Coge el teléfono, que está en el tocador, y vuelve a llamar a Cynthia.

–He hablado con tu padre en el desayuno –dice–. Deberías llamarlo.

–Lo llamaré.

–¿Dónde estás? –dice.

–En el aeropuerto. Y no intentes seguirme.

–No, en serio. –Quiere identificar los ruidos de fondo y se da cuenta de que son los mismos que hay en la habitación.

–¿Estás en el partido de los Pirates?

Cynthia se ríe.